

Compañeras: La militancia de las mujeres en el movimiento estudiantil antifranquista en Valencia

Sergio Rodríguez Tejada

La presencia de mujeres en el movimiento estudiantil contra el franquismo no ha sido hasta ahora objeto de un tratamiento específico, ni siquiera con un capítulo secundario en una obra general. La bibliografía especializada sobre este movimiento ha venido refiriéndose a “los estudiantes”, “los militantes” y “los activistas”, aunque estos genéricos hacían alusión casi siempre a hombres. No es que se haya negado o minusvalorado la presencia de las mujeres en el movimiento estudiantil: es que, en general, no se ha tomado en consideración.

Teniendo en cuenta, además, que muchos de estos investigadores participaron, en mayor o menor medida, en los acontecimientos que tratan, sería posible interpretar la escasa atención prestada a la militancia femenina en dos sentidos opuestos. Una posibilidad es que efectivamente muy pocas mujeres participasen en el movimiento estudiantil y, en todo caso, en posiciones secundarias o marginales¹. Eso podría justificar su falta de visibilidad entre los portavoces y temas del movimiento. Una explicación alternativa es que este tema ha atraído fundamentalmente a autores varones (a menudo participantes de los hechos), que han proyectado una visión

¹ Ver RODRÍGUEZ TEJADA, Sergio, “Bibliografía sobre el movimiento estudiantil antifranquista”, *Saitabi*, 49 (1999), pp. 199-203. Además de las citadas: PALAZUELOS, Enrique, *Movimiento estudiantil y democratización de la Universidad*, Madrid, Manifiesto, 1978; VALDELVIRA GONZÁLEZ, Gregorio, *El movimiento estudiantil en la crisis del franquismo. La Universidad Complutense (1973-1976)*, Madrid, Tesis doctoral inédita (UCM), 1992; DÉNIZ RAMÍREZ, Francisco A., *La protesta estudiantil. Estudio sociológico e histórico de su evolución en Canarias*, Madrid, Talasa, 1999; ÁLVAREZ COBELAS, José Manuel, *La oposición universitaria al franquismo en Madrid (1940-1970). La identidad del movimiento estudiantil*, Madrid, Tesis doctoral inédita (UAM), 2001. Hay que hacer dos excepciones: RUIZ CARNICER, Miguel A., *El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965. La socialización política de la juventud universitaria durante el franquismo*, Madrid, Siglo XXI, 1996, que incluye un capítulo sobre la Sección Femenina del SEU (pp. 476-496); y SANZ, Benito, y otros., *L'oposició universitària al franquisme. València, 1939-1975*, València, Universitat de València, 1995-1996 (casi toda la obra fue reeditada como *Rojos y demócratas*, Valencia, CCOOPV-Albatros, 2002). De los 35 protagonistas convocados por este último autor para impartir un curso en Valencia en 1997, había 32 hombres y tres mujeres (en el papel de moderadoras de mesa redonda): Cf. SANZ DÍAZ, Benito y RODRÍGUEZ BELLO, Ramón I. (eds.), *Memoria del antifranquismo*, Valencia, Universitat de València, 1997, pp. 21-24. El libro recoge textos de 18 hombres y una mujer, que originalmente no había participado en el encuentro.

androcéntrica en sus textos, ignorando, al mismo tiempo, las aportaciones teóricas y metodológicas del feminismo².

La primera posibilidad –que la presencia femenina fuese irrelevante– sería ya objetable a partir de la propia historia comparada. La actividad (cuando no protagonismo) de las mujeres está bien documentada en otras modalidades del antifranquismo³. Y la bibliografía sobre movimientos estudiantiles coetáneos confirma su participación⁴. Ya entonces, en España y en otros países, el naciente movimiento feminista reivindicó el papel de las mujeres en las luchas políticas del momento. Sin embargo, también denunció la desigualdad vigente dentro de los movimientos y organizaciones de izquierda, atribuyendo la postergación de las mujeres al sexismo imperante en el discurso y las prácticas de los militantes varones. Esta doble vertiente de reivindicación y crítica formó parte de la reconstrucción de la genealogía del propio movimiento feminista, que, al menos para una parte de sus integrantes, constituía una reacción contra la insatisfacción provocada por la doble jornada política a que se veían abocadas en esos otros movimientos de hegemonía masculina, entre ellos, el estudiantil⁵.

² La única mujer que trata específicamente el movimiento, FABRE, Pascale, *Le mouvement étudiante a Barcelona (1956-1968)*, París, Memoria de DEA de Historia inédita (Institut d'Etudes Politiques), 1988, no fue testigo y no habla de las mujeres. Por su parte, LAIZ, Consuelo, *La lucha final. Los partidos de la izquierda radical durante la transición española*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 1995, que analiza buena parte de los partidos que habitaron el movimiento, se centra en el discurso político y sus catorce dirigentes entrevistados son varones. Las comunicaciones de Elena Hernández Sandioca y Matilde Eiroa San Francisco en CARRERAS ARES, Juan José y RUIZ CARNICER, Miguel Ángel (coord.), *La universidad española bajo el régimen de Franco*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1991, tratan aspectos muy puntuales y tampoco hacen referencia a las mujeres. Las consecuencias del feminismo para el análisis social en RODRÍGUEZ TEJADA, Sergio, “Cultura femenina: ¿residuo o alternativa?”, *Arenal*, vol. 6, 2 (julio-diciembre 1999), pp. 387-411.

³ La bibliografía ha ido creciendo: ver. DI FEBBO, Giuliana, *Resistencia y Movimiento de Mujeres en España, 1936-1976*, Barcelona, Icaria, 1979; ROMEU ALFARO, Fernanda, *El silencio roto: mujeres contra el franquismo*, Madrid, edición de la autora, 1994. ALCALDE, Carmen, *Mujeres en el franquismo: exiliadas, nacionalistas y opositoras*, Madrid, Flor del Viento, 1996. KAPLAN, Temma, “Luchar por la democracia: formas de organización de las mujeres entre los años cincuenta y los años setenta” en A. Aguado (ed.), *Mujeres, regulación de conflictos sociales y cultura de la paz*, Valencia, Universitat de València, 1999, pp. 89-107. Una puesta al día del marco general en VVAA, “Las mujeres españolas bajo el franquismo (1939-1975)”, en Josefina Cuesta, y otros, *Historia de las mujeres en España. Siglo XX*, Madrid, Instituto de la Mujer, 2003, tomo 2.

⁴ Una buena visión general en FRASER, Ronald, y otros, 1968. *A Student Generation in Revolt*, Londres, Chatto & Windus, 1988.

⁵ Ver MORENO, Amparo, *Mujeres en lucha. El movimiento feminista en España*, Barcelona, Anagrama, 1977. SALAS, Mary y COMABELLA, Merche (coord.), “Asociaciones de mujeres y movimiento feminista” en VVAA, *Españolas en la transición. De excluidas a protagonistas (1973-1982)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, pp. 25-125. Para el caso

En realidad, las universitarias disfrutaron en el seno de la subcultura del movimiento de un conjunto de oportunidades, personales y políticas, muy superior al que había sido habitual en la sociedad española desde 1939⁶. Este hecho entra en contradicción con el único punto que parecen tener en común las dos explicaciones antes mencionadas: el aparente papel menor – voluntario o impuesto– jugado por las mujeres en el seno del movimiento. Quizás, tanto el silencio bibliográfico comentado, como la crítica feminista, estén dejando de ver algo importante. Los trabajos sobre el movimiento estudiantil antifranquista han privilegiado una perspectiva cenital, estudiando en los textos el discurso de presentación del movimiento ante la opinión pública y recopilando la memoria de sus dirigentes: casi siempre varones y autores, a su vez, de los textos estudiados. En consecuencia, tenemos mucha información sobre siglas, reclutamiento, escisiones y polémicas ideológicas, pero relativamente poco sobre los silencios y contradicciones que existían en el propio movimiento. Por otra parte, si nos limitamos a insistir en el sexismo imperante en él podemos perder la perspectiva y pasar por alto el carácter contracultural de los conflictos de la época, en los que no solamente se combatía un determinado régimen político, sino también el ambiente opresivo e irrespirable de una sociedad conservadora. Un aspecto diferencial del movimiento estudiantil es precisamente que asumió desde el principio la unidad de la lucha política y de la lucha cultural. Pero mientras la primera se dirigió expresamente contra la dictadura, la segunda se concretó en el plano menos evidente del cambio personal del individuo en el colectivo. La interrelación y contradicciones internas entre ambos aspectos, los intentos de redefinir cada uno de ellos –lo político, lo cultural, lo personal– y la particular naturaleza de unos conflictos

norteamericano, un clásico es EVANS, Sara, *Personal politics: The Roots of Women's Liberation Movement in the Civil Rights Movement and the NewLeft*, Nueva York, Vintage, 1980. Una buena introducción para Europa en ELEY, Geoffrey, *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 363-380. Sobre el concepto de “doble jornada política”, ver RODRÍGUEZ TEJADA, Sergio, “La otra igualdad. Feminismo y discurso sindical sobre la mujer” en P. Calvo (ed.), *Discriminación de género en la negociación colectiva del País Valenciano*, Valencia, Tirant lo Blanch-Generalitat Valenciana-CCOO, 1996, pp. 31-43.

⁶ Como destaca un antiguo activista, PORTUONDO, Ernesto, “Una aproximación a los orígenes de las vanguardias militantes del radicalismo de izquierdas en la segunda mitad de los sesenta: el movimiento estudiantil (1964-1970)” en J.M. Roca (ed.), *El proyecto radical. Auge y decadencia de la izquierda revolucionaria en España (1964-1992)*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 1994, p. 103, que, sin embargo, no vuelve sobre el tema a lo largo de su texto. Sobre la mujer en la sociedad franquista, entre otros FOLGUERA, Pilar, “La construcción de lo cotidiano durante los primeros años del franquismo” en L. Castells (ed.), “La historia de la vida cotidiana”, *Ayer*, 19 (1995), pp. 165-187; MOLINERO, Carmen, “Mujer, franquismo, fascismo. La clausura forzada en un mundo pequeño”, *Historia Social*, 30 (1998), pp. 97-118; id., “Silencio e invisibilidad: la mujer durante el primer franquismo”, *Revista de Occidente*, 223 (1999), pp. 63-82.

activos también en el interior de los participantes, tienen mucho que ver con la limitada visibilidad de las mujeres⁷.

Merece la pena volver sobre el movimiento estudiantil para reconsiderar la militancia femenina. Aunque sea necesario advertir que hubo grandes diferencias de ritmo e intensidad entre las diversas universidades españolas, en esta aproximación se utiliza como referencia la investigación para una tesis doctoral –actualmente en su última fase– sobre el nodo valenciano del movimiento⁸, una de cuyas líneas de trabajo básicas ha sido precisamente la necesidad de recuperar las dinámicas de género para obtener una visión más ajustada del fenómeno. Como punto de partida, recordaremos cuál había sido la posición ocupada por las universitarias en la política estudiantil anterior a este movimiento: la democrática, por un lado; y la franquista, por otro. Es importante considerar la situación de las estudiantes durante las dos décadas en que el sindicato oficial retuvo la hegemonía en la universidad, porque fue contra ese estado de cosas contra el que se inició el movimiento posterior. Nos ocuparemos de éste a continuación, para analizar los aspectos más destacados, y también los más contradictorios, de la militancia femenina.

Las estudiantes en la prehistoria del movimiento (1939-1957)

La incorporación de las mujeres a la militancia activa en las organizaciones de izquierda tenía importantes precedentes anteriores a 1939, incluyendo también muchas de las contradicciones y limitaciones que se reproducirían después. En general, los partidos y sindicatos obreristas incorporaron un discurso sobre “la mujer” para aumentar sus bases en favor de un programa de clase. Pero les costó más incorporar las reivindicaciones feministas a ese programa común, salvo como un apartado secundario, elaborado por algunas militantes para una audiencia femenina. Por otra parte, las mujeres, salvo llamativas excepciones, quedaron excluidas de los puestos dirigentes de la organización; y, en el caso de parejas de militantes, vieron su posición relegada y remitida al papel de «la mujer de», «la

⁷ Vid. RODRÍGUEZ TEJADA, Sergio, “Estratègies d’oposició i moviment estudiantil antifranquista: una reflexió des del cas valencià”, *Recerques*, 44 (2002), pp. 139-172. Planteamientos –teóricos y metodológicos– semejantes sobre situaciones comparables en ROBNETT, Belinda, “African-American Women in the Civil Rights Movement, 1954-1965: Gender, Leadership, and Micromobilization”, *American Journal of Sociology*, n° 6, (mayo 1996), pp. 1661-1693; KAPLAN, Temma, *Crazy for Democracy. Women in Grassroots Movements*, Nueva York y Londres, Routledge, 1997. KLATCH, Rebecca, *A Generation Divided. The New Left, the New Right, and the 1960s*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1999; FOLEY, Michael S., “The ‘Point of Ultimate Indignity’ or a ‘Beloved Community’? Draft Resistance Movement and Gender Dynamics” en J. McMillian y P. Buhle (ed.), *The new left revisited*, Philadelphia, Temple UP, 2003, pp. 178-198.

⁸ Para una crónica general de los acontecimientos en la Universidad de Valencia, vid. RODRÍGUEZ TEJADA, Sergio, “Els estudiants valencians sota el franquisme”, *Saitabi*, 49 (1999), 155-197. También SANZ y otros, *L’oposició...*, cit.

compañera de», debiendo muy a menudo asumir en solitario las responsabilidades familiares. En consecuencia, debieron esforzarse doblemente para que sus intereses fuesen tenidos en cuenta⁹.

En la universidad, el principal sindicato republicano, la Federación Universitaria Escolar (FUE), fundado en 1927 como herramienta contra la dictadura de Primo de Rivera, contó con la participación de algunas mujeres, especialmente en actividades culturales y asistenciales, si bien no comenzaron a asumir cargos de cierta responsabilidad hasta que, ya avanzada la Guerra, fueron llamadas a reemplazar a dirigentes que marchaban al frente¹⁰. El fin oficial del conflicto no acabó con la FUE, que se mantuvo latente en relaciones de amistad, hasta que las expectativas generadas por el resultado de la II Guerra Mundial, en principio desfavorable para el franquismo, reavivaron su actividad. En esta FUE epígono de los años cuarenta participaron algunas estudiantes, aunque una vez más con un papel secundario, en la base del cual coexistía probablemente un cierto paternalismo –evitar a las mujeres los riesgos de una tarea más comprometida– con una utilización pragmática de la protección paradójica que el paternalismo del otro bando ofrecía, haciendo a las mujeres menos sospechosas y menos susceptibles de detención, tortura y condena (protección esta que quedaba a menudo en la mera teoría). Así, en Valencia, la única mujer de la organización, Amparo Sáez, era la encargada de custodiar las actas de la Comisión Ejecutiva. Las veladas en su casa eran utilizadas como tapadera para las reuniones del grupo dirigente¹¹. Por otra parte, en la retórica de la FUE, en la que la figura del guerrillero ocupaba un lugar destacado, las mujeres quedaban excluidas como protagonistas, para ser “elevadas” a testigos sublimes del sacrificio masculino: en un breve poemario editado en la clandestinidad por la FUE valenciana en 1947, *Un poeta en la resistencia*, el anónimo autor se siente impulsado a incorporarse a la guerrilla, ante posibilidad de sentir el oprobio femenino si no lo hace: «¡Madres, novias, hermanas! / ¿Cómo podré juzgarme ante vosotras...?»¹².

Paradójicamente el resultado internacional acabó por reforzar a la dictadura franquista, que había impuesto una sistemática vuelta atrás, entre

⁹ Los lugares clásicos son SCANLON, Geraldine, *La polémica feminista en la España contemporánea (1868-1974)*, Madrid, Siglo XXI, 1976 y NASH, Mary, *Mujer y movimiento obrero en España*, Barcelona, Fontanella, 1981. Un seguimiento a largo plazo de esta problemática desde una posición abiertamente crítica en FALCÓN, Lidia, *Mujer y poder político (Fundamentos de la crisis de objetivos e ideología del Movimiento Feminista)*, Madrid, Vindicación Feminista, 1992.

¹⁰ MANCEBO, María Fernanda, *La Universidad de Valencia en guerra. La FUE (1936-1939)*, Valencia, Ajuntament i Universitat de València, 1988, p. 103 y ss.

¹¹ Entrevista a Vicente Ramis, alias Agustín Ferrer (1-VII-1999), dirigente del grupo. LIZCANO, Pablo, *La generación del 56. La Universidad contra Franco*, Barcelona, Grijalbo, 1981, p. 56, cita una mujer entre los jóvenes de Madrid.

¹² Anónimo, “Guerrilleros...”, *Un poeta en la resistencia*, Valencia, Ediciones FUE, 1947. Archivo Personal de Vicente Ramis (alias Agustín Ferrer).

otras cosas, en los derechos de las mujeres. Sin embargo, entre los elementos de la política de masas que caracterizaban al fascismo del nuevo partido único, la Falange Española Tradicionalista y de las JONS, se encontraba el encuadramiento y movilización de las mujeres en una Sección Femenina (SF). Aunque el Partido quedó reducido a «Movimiento» y la movilización femenina a un mero Servicio Social, se mantuvo un discurso diferenciado “sobre la mujer”, que igualmente se plasmó en el Sindicato Español Universitario (SEU), obligatorio a partir del curso 1943-1944¹³. La misma terminología de “Sección Femenina” denota claramente la concepción androcéntrica que ubicaba a las afiliadas, al mismo tiempo, dentro y fuera del Sindicato: es obvio señalarlo, pero nunca hubo referencia alguna a una “Sección Masculina”¹⁴. Antes de la afiliación forzosa, su peso numérico había sido escaso: en mayo de 1943 la proporción de mujeres en el conjunto del SEU era inferior al 15%. Esto era coherente con la limitada presencia de las mujeres en la universidad de la época: en esa misma fecha, el porcentaje de afiliadas en la provincia de Valencia (10%) superaba ligeramente la proporción de matriculadas en las cuatro facultades principales de la Universidad (9%). En 1951 la SF se llevaba sólo el 10% del presupuesto del SEU de Valencia, a pesar de que las estudiantes (afiliadas obligatorias) suponían ya más del 13% del alumnado¹⁵.

La postergación iba más allá del número y tenía un carácter expreso. En la jerarquía del SEU el cargo de delegada de la Sección Femenina del Distrito Universitario demostraba tener poca importancia. Aunque las militantes formasen disciplinadamente como parte del Sindicato, la

¹³ Ver JIMÉNEZ, Encarnación, “La mujer en el franquismo. Doctrina y acción de la sección femenina”, *Tiempo de Historia*, vol. 7, 83 (1981), pp. 4-15. GALLEGO MÉNDEZ, M. Teresa, *Mujer, Falange y franquismo*, Madrid, Taurus, 1983. SÁNCHEZ LÓPEZ, Rosario, *Mujer española, una sombra de destino en lo universal. Trayectoria histórica de la Sección Femenina de Falange (1934-1977)*, Murcia, Universidad de Murcia, 1990. Sobre la SF del SEU, ver RUIZ CARNICER, *El Sindicato...*, cit., pp. 476-496. Ese discurso sobre la mujer también fue mantenido por la Iglesia, que incluso se apropió de la misma palabra “feminista” para sus propios fines: «el verdadero concepto cristiano de feminismo [...] dice de la mujer que es complemento del hombre, que tiene función insustituible en el hogar y en la sociedad, y el gran pecado de la mujer moderna es haber perdido su función, la feminidad, al consagrarse al cóctel [sic], al avión, al trotacalles con tabaco inglés y palabrotas atrevidas», “Conferencia feminista por el M.R.P. Raimundo Suárez, O.P. en las Imeldas”, *Las Provincias*, 16-IV-1942.

¹⁴ Esto se veía reflejado en la prensa por frases como ésta: «veíanse centenares de estudiantes del SEU uniformados; también gran número de señoritas pertenecientes a dicha organización». Nótese la oposición “señoritas”/“estudiantes”, en “Solemne apertura de la Universidad Literaria”, *Las Provincias*, 24-X-1939.

¹⁵ *Claustro. Periódico Universitario Falangista*, 15 (15-XII-51), RDC-63, Biblioteca Valenciana (BV), Universidad de Valencia (UV), *Memoria de curso* (1952). Las *Memorias* fueron consultadas en el año 1995 en la Biblioteca Histórica de la Universidad de Valencia. Ahora no constan en el catálogo.

responsable no intervenía en ninguno de sus actos públicos, fuesen ordinarios o extraordinarios¹⁶. En cambio, el nombre de la única mujer entre los “caídos” del SEU fue utilizado profusamente con fines propagandísticos, hasta el punto de dedicarle una placa individual en la biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras¹⁷. Por otra parte, los dirigentes se esforzaron por ofrecer servicios diferenciados a las afiliadas: fueron ellas las que estrenaron el albergue *Daniel Molerés* en Calpe el verano de 1942; y en octubre de 1943 dispusieron de su propio hogar-residencia, más tarde convertido en el Colegio Mayor *Santa Teresa de Jesús*¹⁸. Tanto en el albergue, como en la vida cotidiana, la segregación reservaba a las mujeres más religión y menos discusión política, deporte y tiempo libre que a los hombres. También la llamada “Primera Línea” del SEU, creada con el objetivo de mantener las esencias falangistas en un Sindicato masificado, tuvo siempre un carácter viril, aun cuando hubo que estimular el enrolamiento mediante becas y ventajas especiales¹⁹.

Las propias militantes asumían públicamente este orden de cosas haciendo su propia interpretación. Como en el conjunto de la organización, durante un tiempo “la mujer” tuvo reservada una de las “secciones” en las revistas del SEU; y en ellas diversas militantes se esforzaron por mantener un discurso propio, que a menudo discurría con dificultad por el estrecho margen existente entre el anatemizado feminismo y el machismo oficial.²⁰

¹⁶ Entre los primeros, los actos anuales de la apertura de curso, el Día del Estudiante Caído, la festividad de Santo Tomás y el aniversario de la fundación de Falange. Entre los segundos, la jornada Nacional Sindicalista de 10-V-1939, la Concentración Regional Universitaria en el Teatro Principal de Valencia el 24 de septiembre de 1939, el I Consejo de Distrito Universitario del SEU (del 18 al 21-V-1943) y la visita de Franco a Valencia en mayo de 1947. La prensa no solía mencionar el nombre de la delegada de la SF.

¹⁷ Fotografía del acto en *Las Provincias*, 7-III-1941. Su nombre también encabezaba la lista de “caídos” que se publicaba en prensa. Por ejemplo, *Las Provincias*, 25-V-1939.

¹⁸ En realidad, el nombre oficial se emplea sólo para la estancia masculina. *Estudio y Acción. Boletín del Sindicato Español Universitario de Valencia*, s/nº (diciembre 1942), P 3445-60-4-4/5, Fundación Pablo Iglesias (FPI). Carmen Adalid, “Ayer y hoy del ‘Colegio Mayor Santa Teresa de Jesús’”. Tras quince años de tarea”, *Claustro. Revista Universitaria*, II Época, nº 6, (noviembre 1958), Z/3919, Biblioteca Nacional (BN).

¹⁹ “Bases para el futuro reglamento de Militantes del SEU”, *Claustro. Portavoz Universitario Falangista*, 3 (octubre 1950), Valencia. Entrevista a María Alonso y Agustí Flors (15-VI-99).

²⁰ Por ejemplo, en diciembre de 1942, Elisa Mateu resaltaba en *Estudio y Acción* (vid. nota anterior) la recuperación por el Nacional Sindicalismo del carácter sacrificado y práctico de la mujer española, al tiempo que defendía la importancia de su papel complementario en la «resurrección nacional». En diciembre de 1943, en la publicación sucesora de la anterior, *Acción*, un artículo sin firma titulado “Nosotras, las estudiantes” empezaba dando por conseguido el derecho de las mujeres a estudiar y graduarse, pero denunciaba también que persistía la oposición «de algunos obtusos cerebros masculinos», aunque su táctica había cambiado y ahora pasaba por acusar a las estudiantes de ser poco femeninas. La culpa recaía, «en parte», en las «marisabidillas» y «sabihoodas» con «aire de suficiencia», y en las que

En la primera mitad de los años cincuenta desapareció la sección, quizás en parte porque la SF del distrito tenía ya su propio boletín, *Estilo*²¹. A finales de la década, de los 119 nombres que entre 1958 y 1960 habían colaborado en la II etapa de la revista *Claustro* –órgano del SEU de Valencia– había sólo 7 mujeres: menos del 6%. En ese mismo periodo, las universitarias representaban ya algo más del 20% de la matrícula de la Universidad de Valencia²². Esta disparidad no hacía sino reflejar el progresivo alejamiento de la gran mayoría de los estudiantes respecto del SEU, reducido poco más que a una estructura burocrática proveedora de servicios. Aparte de algunos poemas, las firmas femeninas mantenían el mismo tono de la década anterior²³. Los años que le quedaban a las publicaciones del SEU no contribuyeron a cambiar esta situación²⁴.

Durante las dos décadas de hegemonía del SEU la actividad femenina se concentró en labores asistenciales y culturales. Entre las primeras, aparte de las relacionadas con el Servicio Social, destaca la proyección sobre las «bellas camaradas de la Sección Femenina del SEU» del estereotipo de “reposo del guerrero” en situaciones muy dispares: en los años cuarenta,

utilizaban los estudios para evitar «todos esos menudos deberes caseros que son la asignatura fundamental en toda carrera de mujer». La autora resaltaba que la mayoría de las universitarias no era así y que a ninguna mujer le gustaba «sentirse superior ante el hombre en ningún aspecto», porque eso no era femenino. Y, si la superioridad existía, era únicamente por «pereza» masculina: «En igualdad de condiciones, siempre es el hombre superior a la mujer, sólo que era mucho más cómodo que esa igualdad no existiera y la mujer continuase siendo el clásico animal de cabellos largos e ideas cortas». *Acción. Periódico del Distrito Universitario*, 1 (1943), HM-11-6-016, BV.

²¹ El autor no ha podido localizar ninguna copia de esta publicación del SEU de Valencia.

²² *Claustro. Revista Universitaria*, II Época, 14 (verano 1960), Z/3919, BN. UV, *Memoria de curso* (1959 y 1960). Algunas iniciales podrían hipotéticamente mantenerlas ocultas.

²³ Así, en la primavera de 1952 María Raquel Payá Ibars solicitaba comprensión para las estudiantes, que, si bien «no necesitan talento excepcional para ser mujeres de su casa», no lo tenían tan fácil en la universidad. *Claustro. Periódico Universitario Falangista*, 19 (abril-mayo 1952), RDC-63, BV. En diciembre de 1958 una asexual E. Clausell comenzaba advirtiendo que el título de su artículo “Unas letras de mujer” «no siempre sirve para hablar de modas o peinados, como quizás habrán pensado ustedes» y que iba a referirse al «amor», pero al «amor a la Naturaleza» que lleva al amor a Dios. *Claustro. Revista Universitaria*, II Época, 7 (diciembre 1958), Z/3919, BN.

²⁴ Los siguientes números hasta el último, de enero 1965, no tienen colaboraciones femeninas, salvo un poema de Isabel Clara Simó en *Claustro. Revista Universitaria*, III Época, s/nº (abril 1964). Otras revistas del SEU añadieron poco más: *Batas Blancas. Revista de la Facultad de Medicina de Valencia*, s/nº (s/f) [16, mayo 1963], E-140/H, Publicaciones Periódicas (PP), Arxiu de la Memòria d'Acció Cultural del País Valencià (AM, depositado en la Biblioteca Municipal de Elche) no lleva ninguna firma femenina. Tras su conversión en suplemento de *Claustro*, encontramos un artículo moralista: Carmen Leal, “Dar...”, *Batas Blancas. Suplemento de “Claustro” para la Facultad de Medicina de Valencia*, s/nº (s/f, suplemento de mayo de 1964), Z/3919, BN.

enviando ayuda a los combatientes de la División Azul²⁵; y en los cincuenta, dedicando fotos de «madrina de campamento» a los compañeros de la Milicia Universitaria en Ronda, que esperaban, en premio a las penalidades sufridas, la condescendencia de su novia en forma de frase llena de promesas: «tengo la obligación de ser complaciente contigo»²⁶. Por el contrario, las actividades culturales –como los seminarios literarios, el teatro, el cine-club o el orfeón universitarios– ofrecieron un mayor espacio de expresión y desarrollo a las estudiantes. En 1944 la revista *Mediterráneo*, impulsada desde su cátedra de Lengua y Literatura por el profesor Francisco Sánchez Castañer dedicó un número especial a las escritoras españolas. Todos los apartados de la revista estaban firmados por mujeres y la reseña bibliográfica elogiaba *Nada* de Carmen Laforet, una novela que retrataba con pocas concesiones el ambiente gris de la época: «lo cierto y lo que nos complace destacar, por muchas razones, es que una muchacha salida de la Universidad acaba de romper con su voz sana y fresca el silencio en que se adormecen nuestros novelistas»²⁷. Sánchez Castañer fue uno de los primeros impulsores del teatro universitario, del que aparecieron en los años posteriores diversos grupos, unos más vinculados al sindicato oficial, como el Teatro Español Universitario (TEU) y otros independientes, como el Teatro-Club –que, a pesar de todo, tenía su sede en los sótanos del Club Universitario del SEU– y el Teatro Universitario De Ensayo (TUDE). Todos ellos atrajeron a gran número de universitarias con inquietudes, algunas de las cuales se hicieron después actrices profesionales²⁸. También las secciones deportivas femeninas, menos atendidas que las masculinas, representaron un aliciente para muchas jóvenes²⁹.

En última instancia, las estudiantes se veían sometidas a las imposiciones y expectativas de sus familias. En una encuesta publicada en 1958 con respuestas sugeridas, ante la pregunta «¿Por qué viene usted a la Universidad?», las mujeres (61,8%) superaban ligeramente a los hombres (60,2%) en su interés por «adquirir una cultura superior», pero eran sobrepasadas por estos en «afición a la ciencia» (41,2% hombres frente a 32,7% mujeres) y, sobre todo, en su búsqueda de «conocimientos necesarios para ejercer una profesión» (89,2% frente a 61,8%). En ese momento la proporción de mujeres matriculadas era de un 17%. La única facultad donde la adquisición de cultura predominaba sobre la perspectiva de empleo era precisamente la de Filosofía y Letras, la más feminizada, con un 53% de

²⁵ “Un envío del SEU para los camaradas de la División Azul”, *Las Provincias*, 6-XII-1941 (incluye dos fotos de las «bellas camaradas» preparando las cajas).

²⁶ “La madrina” (con foto dedicada) y “Cartas de Purita” (de donde se ha tomado la cita), *Tienda. Claustro al aire libre*, Año II, 3 (julio 1951), RDC/63, BV.

²⁷ *Mediterráneo. Guión de literatura*, 7-8 (1944), C/596, BV.

²⁸ Vid. VVAA, *60 anys de teatre universitari*, Valencia, Universitat de València, 1993.

²⁹ Entrevista a Carmen Castaño (18-II-2004), estudiante en el paso de los cincuenta a los sesenta.

mujeres, a gran distancia de las demás³⁰. Estos datos parecen respaldar la entonces muy extendida opinión machista de que la gran mayoría de las mujeres que estudiaban lo hacían por «pescar marido»³¹. El tópico se alimentaba por el hecho de que el viejo edificio de la Universidad en la calle de la Nave fue compartido hasta octubre de 1963 por las facultades de Filosofía (arriba) y Derecho (abajo). En ésta última casi 1 de cada 20 estudiantes eran varones. Además de espacio de reunión y discusión, el claustro del edificio, presidido por un pequeño jardín con la estatua de Luis Vives, servía para un encuentro inédito entre jóvenes de distinto sexo que llegaban a la universidad desde centros segregados. Los noviazgos y matrimonios mixtos no eran raros... y el lugar de la mujer casada estaba, supuestamente, en el hogar. Se cerraba así el círculo de una profecía auto cumplida: efectivamente, las mujeres estudiaban para casarse. A ello no era ajeno el hecho de que el matrimonio constituyese una de las pocas salidas aceptadas para la emancipación de las jóvenes y la promesa de una relativamente mayor libertad personal y sexual³².

Incluso en la Facultad de Ciencias, carrera que tenía un amplio campo de aplicación industrial y en la que las mujeres tenían una presencia nada despreciable³³, éstas eran eximidas de las prácticas por algunos profesores, que consideraban evidente que no las necesitarían. La presión era en otras ocasiones mucho más explícita, mediante comentarios directos ante toda la clase, que manifestaban abiertamente su desagrado ante la presencia de mujeres en el aula. Este era el caso del catedrático Francisco Bosch, que reiteradamente proclamaba, dirigiéndose muchas veces a las interesadas, «las niñas, o monjas, o madres»³⁴. Al margen de que no hubiese posibilidad de réplica, estas actitudes difícilmente dejarían de repercutir en los resultados académicos y en la opinión de sus compañeros varones, que veían confirmada por la autoridad académica y científica la visión machista de la mujer como menor de edad y dedicada por naturaleza al servicio de otros. En el otro extremo de un mismo arco, el antes mencionado como impulsor de un espacio de oportunidades, el profesor de la Facultad de Filosofía y Letras Sánchez Castañer, era descrito por alumnas suyas de años posteriores como «faldero» y en absoluto ajeno a la vestimenta y presencia física de ellas. De

³⁰ MURILLO FERROL, Francisco y JIMÉNEZ BLANCO, José, *La conciencia de grupo de los escolares en la Universidad de Valencia*, Madrid, Instituto Balmes, 1958, pp. 41 y 43. En el trabajo no consta la fecha exacta en que se pasaron las encuestas. UV, *Memoria de curso* (1958). Los de Filosofía y Letras, son del curso 56-57: UV, *Memoria de curso* (1957).

³¹ Entrevista a Francisco Ribelles (12-VII-2002), estudiante en los años cincuenta.

³² Entrevista a Trini Simó (12-XI-2002), estudiante en la segunda mitad de los cincuenta.

³³ Por ejemplo, en el curso 1956-1957 era la Facultad que contaba con más mujeres, que representaban el 18% de la matrícula. UV, *Memoria de curso* (1957).

³⁴ Entrevista conjunta no registrada a María Alonso y Agustí Flors (15-VI-1999).

una manera o de otra, las estudiantes quedaban marcadas con un estigma sexista, que interfería sus propios impulsos y reacciones³⁵.

Por otro lado, este acoso ambiental no provenía únicamente de los profesores. Los propios compañeros eran el origen de buena parte de la violencia simbólica. En el claustro de la universidad vieja existía una regla no escrita por la que no les estaba permitido a las mujeres cruzar el patio por el centro; y se veían obligadas a rodearlo por las pandas laterales. La proscripción se había iniciado “espontáneamente” cuando ya la primera universitaria hizo su entrada en el edificio en el curso 1881-1882 evitando el claustro³⁶. Durante décadas, si alguna intentaba atravesarlo, se formaba inmediatamente una doble fila de hombres a su alrededor que le silbaban e increpaban, especialmente si la joven pertenecía a los primeros cursos, al grito de «¡borrega, borrega!», que hacía referencia a la fiesta de inicio de curso, la «Borregada», en la que se ponía en evidencia a los novatos. Por más que dichas intervenciones pretendiesen, en ocasiones, ir disfrazadas de la discutible “simpatía” del piropo, la vigencia de esta costumbre sugiere que las mujeres no acababan de ser aceptadas como miembros de pleno derecho de la comunidad estudiantil.

Esta demarcación del espacio público, junto a otras marcas, como la escasez inicial de servicios femeninos, recordaba permanentemente a las mujeres que debían sentirse fuera de lugar, que aquél no era su sitio³⁷. Aunque algunas adelantadas ya habían comenzado a fumar en público, hasta los sesenta las pautas de vestimenta y de conducta continuaron siendo rígidas y convencionales, en consonancia con los patrones conservadores predominantes en el país. Las universitarias debían atenerse a la falda discreta y a los zapatos de tacón bajo, que correspondía a la chaqueta y corbata de los hombres. Las relaciones sentimentales estaban estrictamente controladas, según unas normas interiorizadas, que obligaban a guardar las apariencias, especialmente en situaciones “peligrosas”, como los “guateques” que se celebraban en casas familiares. Bromas con una cierta carga sexual, como apagar la luz de la habitación, provocaba temor entre las jóvenes, no por lo que pudiera ocurrir al amparo de la oscuridad, sino por el qué dirán: «Ésta estaba en el baile donde se apagó la luz»³⁸.

³⁵ Entrevista a Flora Tristán (pseudónimo, 5-XII-2001) y Marisa Ros (16-VI-2004). Sobre el estigma sexista, ver TANNEN, Deborah, “Las mujeres en el trabajo: el género marcado”, *Revista de Occidente*, nº 170-171 (1995), pp. 137-161. Más general, el clásico GOFFMAN, Erving, *Estigma. La identidad deteriorada*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970 (1963).

³⁶ “Memorias de un setentón”, *Las Provincias*, 4-VIII-1942.

³⁷ Entrevista a Olga Quiñones, reproducida en SANZ, Benito, *L'oposició...*, pp. 78-79. Sobre el acoso ambiental, ver PÉREZ DEL RÍO, Teresa, y otros, *Discriminación e igualdad en la negociación colectiva*, Madrid, Instituto de la Mujer, 1993, pp. 251-316.

³⁸ Entrevista con María Alonso y Agustí Flors, cit. Una visión edulcorada del ambiente de la época en ZABALA, Fernanda, *La Valencia de los años 50*, Valencia, Carena, 1998.

Oportunidades y contradicciones en el antifranquismo estudiantil (1957-1975)

La consolidación de la dictadura modificó sustancialmente las condiciones de actividad del antifranquismo, que se vio obligado a asumir la hegemonía de los vencedores como un hecho dado al que había que adaptarse para sobrevivir. En el transcurso de los años cincuenta el disenso antifranquista apuntó diversos cambios, que diversificaron las estrategias de enfrentamiento con la dictadura, en un proceso ya apuntado en la huelga de tranvías de 1951 en Barcelona y consagrado con los incidentes de 1956 en la Universidad de Madrid, que provocaron la convocatoria del primer estado de excepción. Entre 1957 y 1962 resurgieron en Valencia algunos intentos de organización clandestina estudiantil, mediante grupos conspirativos vinculados a siglas históricas (PCE) o recientes (Agrupación Socialista Universitaria y Frente de Liberación Popular), cuyos objetivos y lenguaje se mantenían en la tradición de las estrategias de resistencia anteriores y que se vieron expuestos a los mismos riesgos de aislamiento y desarticulación que sus antecesores de la FUE tardía (añadiendo los comunistas una estigmatización especial).

Por otra parte, también aparecieron núcleos de estudiantes con inquietudes religiosas, culturales y políticas, que desarrollaron una actividad dinamizadora a la luz del día, según un modelo extrovertido y gremial, que se desarrollaba en los espacios tradicionales de la vida cotidiana estudiantil, como el claustro de la universidad o los bares de moda. Por lo menos en algunos distritos, como es el caso de Valencia, el relativo éxito de un ejemplo de los segundos en plantar cara al SEU y hacerse un lugar en el espacio público universitario en el cambio de década tuvo un efecto de demostración para una acción política más compleja que, sin desechar los aprendizajes de la clandestinidad, se mostró muy atenta a la necesidad de hacer arraigar las reivindicaciones políticas más generales en las necesidades inmediatas de la audiencia estudiantil. Esta política de mayorías de base gremial ofrecía los rasgos sustanciales de las nuevas estrategias de oposición propias de las dos últimas décadas del franquismo y que pronto fueron impulsadas por el propio Partido Comunista³⁹.

Las condiciones iniciales de aislamiento en que se hallaban los disidentes otorgaron un gran valor a las situaciones interpersonales que ofrecían oportunidades de crear vínculos de confianza, como el parentesco, las relaciones familiares, la camaradería escolar y, en definitiva, la amistad⁴⁰. En un primer momento, tanto los grupos clandestinos, como los extrovertidos, tuvieron que comenzar a partir de un núcleo inicial de amigos, casi siempre varones. En el caso de las mujeres, se añadían el factor de la segregación escolar hasta el ingreso en la universidad —circunstancia sólo vulnerada en

³⁹ Vid. RODRÍGUEZ TEJADA, "Estratègies d'oposició...", cit.

⁴⁰ Como ya observó MARAVALL, José María, *Dictadura y disenso político. Obreros y estudiantes bajo el franquismo*, Madrid, Alfabeta, 1978, p. 165.

algunos centros privados laicos, muchos de los cuales regentaban profesores sancionados por razones políticas— y las coerciones ambientales que ya hemos mencionado, que sometían a las jóvenes a un control mucho más estricto que el padecido por los varones, reduciendo así sustancialmente su margen de maniobra.

Ahora bien, las oportunidades que unos grupos y otros ofrecían a la militancia femenina eran generalmente diferentes. El funcionamiento de los núcleos de tradición resistente seguía también en esto el patrón de la FUE epónima: muy pocas mujeres y con un papel considerado secundario, básicamente por los mismos motivos⁴¹. En cambio, la iniciativa gremial que fue cristalizando en Valencia durante la primera mitad de los sesenta y que dio lugar a la *Associació Democràtica d'Estudiants Valencians* (ADEV) estaba menos significada políticamente y se inscribía en la tradición universitaria de actividades “estudiantiles”: teatro, revistas, conferencias, viajes y participación en las elecciones oficiales de representantes estudiantiles organizadas por el propio SEU. Además, el interés por la lengua y cultura autóctonas, menos marcado políticamente que en Cataluña, contribuyó a reforzar esta impresión. Como resultado, el núcleo estudiantil que dio origen al primer sindicalismo antifranquista pasó durante mucho tiempo, si no desapercibido, sí desdeñado por las autoridades: elementos poco peligrosos que se limitaban —en palabras de un dirigente del SEU valenciano— a realizar «rebeliones de salón» sin coste personal alguno⁴². Todo ello redujo las barreras de entrada, entre otros, para algunas mujeres, que pudieron incorporarse a este tipo de actividades antifranquistas como una prolongación, sin solución de continuidad, de las actividades culturales y del asociacionismo estudiantil; para, posteriormente, ingresar en las organizaciones políticas clandestinas que supieron adaptarse a esa nueva política. Primero fue el grupo izquierdista y nacionalista fundado por el núcleo de amigos que habían abierto el camino asociativo; y que acabó adoptando la denominación de *Partit Socialista Valencià* (PSV) para intentar ir más allá de la universidad. Más tarde, la organización universitaria del Partido Comunista, fundada por activistas más jóvenes que heredaron ADEV y que no aceptaban el control de la dirección del PSV⁴³.

Esa continuidad con las actividades que habían atraído a las universitarias más inquietas en el periodo anterior ha de entenderse también como una progresión en la búsqueda de mayores oportunidades de libertad individual. El enfrentamiento con la Dictadura iba más allá de las cuestiones académicas, pero también de la simple impugnación del gobierno o del

⁴¹ Entrevistas a Julio Marín Pardo (20-IX-1995 y 5-V-1999) y Vicente García Cervera (29-IX-1995), Ramón López de Andujar (no grabada, 9-X-1995), Màrius Garcia Bonafé (24-VII-95) y Jaume Pérez Montaner (26-IX-1995), miembros de diferentes grupos clandestinos entre 1957 y 1962.

⁴² Entrevista a Emilio Adán García (11-XI-2002), Jefe del DU en el cambio de década.

⁴³ RODRÍGUEZ TEJADA, “Estratègies d’oposició...”, cit.; entrevistas a Emilio Adán, cit., y a Ferran Montesa (10-V-2004 y 11-V-2004), organizador del PCE en la universidad.

sistema político. En las motivaciones de los jóvenes de ambos sexos que se fueron implicando, en mayor o menor medida, en actividades de reivindicación y protesta en la universidad había un fuerte componente personal, de rechazo a las constricciones ejercidas cotidianamente sobre sus expectativas y deseos por el franquismo. La sociedad franquista se mantenía aferrada a una moral tradicionalista, hipócrita y conservadora, mientras era cada vez más penetrada por la fascinación ejercida por las imágenes que llegaban del exterior, a través de los medios de comunicación y el turismo. El incipiente movimiento estudiantil ofrecía nuevas posibilidades de experimentación, nuevas vivencias en las que los jóvenes participantes ejercían, ampliándolo, un cada vez mayor margen de libertad frente a las autoridades –familiares, religiosas, académicas, políticas– que pretendían mantenerlos bajo control. Aunque formó parte del ascenso más general de una subcultura juvenil, fue en la universidad donde el proceso adoptó un ritmo más rápido, más decidido y contó con una mayor visibilidad social⁴⁴.

El valor de la novedad tuvo un papel determinante. En torno a elementos como unos nuevos gustos musicales, nuevas lecturas, nuevos temas de conversación, nuevos hábitos, nuevas maneras de vestir y, muy especialmente, unas nuevas relaciones entre los sexos, comenzó a forjarse una identidad marcada; cuyos aspectos estéticos, por más que fuesen caricaturizados de manera sistemática por la propaganda cultural del Régimen, no estaban en absoluto vacíos de contenido, sino que eran dotados deliberadamente por sus creadores y seguidores de una decidida connotación auto afirmativa y política. Situaciones de encuentro y colaboración entre iguales, como un seminario, una conferencia, una asamblea libre, un recital, una reunión política, un cine-club o un encierro, estaban construyendo una sociabilidad, cuyas implicaciones no pasaban desapercibidas en absoluto para los participantes, que las valoraban todavía más como oportunidades de estar juntos chicos y chicas fuera del control ajeno. Si esto era así para los hombres, más aún lo era para las mujeres, que partían habitualmente de unos menores niveles de libertad individual.

Sin tomar en consideración ese componente lúdico y enriquecedor de ser disidente en ese momento y lugar no podremos entender del todo por qué las actitudes de disenso dejaron de ser la rareza de un grupúsculo para convertirse en el atractivo de una minoría en progresivo crecimiento y con una influencia cada vez mayor. Los que ya entonces comenzaban a ser llamados los «progres» fueron acaparando la organización de las actividades “estudiantiles” de siempre, como el viaje de «paso del Ecuador». A menudo eran también los estudiantes más brillantes, inaugurando una estrategia simbólica de “dar ejemplo” que duraría hasta los setenta. A ello no era ajeno la presencia de profesores que se salían de la norma y ofrecían un punto de apoyo fundamental en ese momento. Incluso para los jóvenes que en otras

⁴⁴ Una visión (discutible) del fenómeno para otros países en MARWICK, Arthur, *The Sixties. Cultural Revolution in Britain, France, Italy and the United States, c. 1958-c.1974*, Londres, Oxford UP, 1998.

circunstancias hubiesen permanecido en una actitud totalmente indiferente, el interés por estar al día –y eso incluía la política– comenzaba a tener una rentabilidad diferencial, porque según transcurría la década de los sesenta, se convertía en lo normal en la universidad⁴⁵.

Con todo, la presencia y las acciones de las mujeres seguían estando marcadas por las actitudes del entorno, comenzando por las del resto de estudiantes. El núcleo inicial de amigos, integrado sólo por chicos, buscó la colaboración femenina cuando en 1958 presentaron una “Candidatura Incolora” para la elección de representantes en el consejo de su curso. La iniciativa tuvo éxito y como consecuencia una mujer fue elegida subdelegada de curso, circunstancia llamativa en una facultad escasamente feminizada, como era Derecho en ese momento, e inusitada en la tradición androcéntrica del SEU⁴⁶. No obstante, la mayor parte del tiempo mantuvieron a sus compañeras en la periferia, como queda reflejado en las revistas impulsadas por ellos entre 1960 y 1963, *Diàleg* y *Concret*, que no recogen artículos de mujeres⁴⁷. La incorporación más estable de algunas estudiantes al grupo fundador llegó como parte de una segunda generación de militantes que, a partir de 1963, convirtieron ADEV en algo más que unas siglas en un papel. Esta circunstancia dio lugar a que parte del rechazo político de determinados sectores contra los antifranquistas se expresase a menudo mediante un ataque contra las mujeres del grupo, más expuestas y vulnerables, por cuanto sus actitudes resueltas venían a cuestionar doblemente la normalidad –política y sexista– vigente hasta el momento. Por ejemplo, el control viril sobre el claustro de la universidad vieja, que se mantenía todavía en la primera mitad de los sesenta, se vio cuestionado por el uso de pantalones por algunas “progres”, lo que produjo una importante conmoción entre los varones (incluyendo algún compañero de militancia), que reaccionaron mediante el comentario o la increpación, casi siempre con alusión sexual más o menos despectiva. Igualmente, las discusiones sobre la organización de un viaje de “paso del ecuador” sirvieron de excusa para que

⁴⁵ Vid. RODRÍGUEZ TEJADA, “Estratègies d’oposició...”, cit.

⁴⁶ Entrevista a Olga Quiñones, cit. En el curso anterior, había poco más del 6% de mujeres.

⁴⁷ *Diàleg. Butlletí de la Cambra Sindical de la Facultat de Dret*, 1 (febrero 1961), Archivo Personal de Vicent Álvarez (AVA); 2 (marzo 1961) C/377, BV; 3 (abril 1961) A-421/A, PP, AM; 4 (noviembre 1961) D/2, Centre d’Estudis Històrics Internacionals (CEHI), 5 (enero 1962), D/2, CEHI; 6 (marzo 1962) D/2, CEHI. A partir del curso siguiente, el grupo perdió el control de la cabecera, pero ello no introdujo firmas femeninas: *Diàleg. Revista de los estudiantes de derecho* [sic], Época II, 9 (s/f, febrero 1963); 10 (s/f, mayo 1963). Para sustituir *Diàleg*, el grupo sacó *Concret. Publicació universitària*, 1 (enero 1963), 2 (febrero-marzo 1963); 4 (mayo 1963) C/376, BV. Los chicos del grupo mantenían ciertas inercias en su trato personal con las chicas, como puede verse en la anécdota colateral y autobiográfica que relata MARQUÉS, J. Vicent, *Tots els colors del roig*, València, Tres i Quatre, 1997, p. 101. Por otra parte, el éxito como cantautor de uno de los miembros del grupo y para ellos su mejor propagandista, Ramón Pelejero, *Raimon*, reproduciría pronto las pautas de relación ya conocidas entre el ídolo juvenil varón y sus seguidoras femeninas.

apareciesen unos carteles en el claustro con caricaturas ofensivas de determinadas miembros de ADEV. En uno y otro caso, las activistas se vieron obligadas a trabajar hasta conseguir la solidaridad de sus compañeros del grupo⁴⁸.

Cada vez más disputas territoriales como ésta se fueron resolviendo a favor de los opositores. En el verano de 1965 el régimen dio por agotado al SEU como elemento de control en la universidad y optó por disolverlo para intentar (sin éxito) encauzar el descontento estudiantil mediante unas Asociaciones Profesionales de Estudiantes (APE), cuya normativa y denominación cambiaría todavía un año después. Por su parte, el movimiento estudiantil recibió el respaldo del PCE en el esfuerzo por concretar las aspiraciones de asociacionismo democrático en un Sindicato Democrático de Estudiantes (SDE, en Valencia SDEUV) durante la segunda mitad de los sesenta. El acto de constitución del SDE en Barcelona en marzo de 1966 con la famosa *Caputxinada* y la unidad de acción entre los delegados oficiales y opositores acordada en la I Reunión Coordinadora y Preparatoria (RCP) de Valencia a principios de 1967 recibieron una misma respuesta gubernativa basada en la demonización y la represión, que no se detuvo ante los fueros especiales eclesiástico y universitario. Ante la presencia conjunta de activistas del SDEUV y militantes de las Comisiones Obreras en el centro de Valencia para intentar celebrar el 1 de mayo después de 29 años, la policía reaccionó por primera vez en la ciudad con material antidisturbios, que usó indiscriminadamente contra unos y otros. Todo ello contribuyó a que el movimiento entrase en una dinámica de radicalismo y confrontación, que se vio acelerada por el impacto mediático del Mayo francés en 1968 y el ambiente internacional de contestación a la guerra de Vietnam. El estado de excepción de enero de 1968, nuevamente precipitado por la universidad –el asalto al rectorado de la Universidad de Barcelona y el más que dudoso suicidio del estudiante madrileño Benito Ruano– acabó de liquidar el último proyecto gremial estudiantil, sustituido en adelante por el auge de una nueva izquierda revolucionaria.

La progresión hacia un enfrentamiento abierto con la dictadura fue cambiando el significado de la protesta y elevando los costes de la participación: los estudiantes aprendieron a tener miedo de la policía. Sin embargo, el movimiento había madurado lo suficiente como para generar por sí mismo una fuerza de arrastre nada desdeñable, que convertía la universidad en un ámbito subcultural relativamente autónomo. Cada vez para más estudiantes cruzar el umbral de la universidad suponía entrar en un entorno muy diferente del que habían conocido, en el que muchos de las normas que les habían inculcado eran sistemáticamente cuestionadas o invertidas. Por las causas ya expuestas, en el caso de las mujeres el impacto solía ser mayor; y también lo era la transformación sufrida. Con todo, lo más significativo es que esta experiencia no fue exclusiva de la minoría militante, sino que se fue haciendo extensiva a la gran mayoría de estudiantes. A partir

⁴⁸ RODRÍGUEZ TEJADA, “Els estudiants valencians...”, cit., p. 171.

de la segunda mitad de los años sesenta cada vez más jóvenes –incluso las de educación conservadora y religiosa, de misa diaria y pautas convencionales de comportamiento y vestimenta– encontraron en la universidad motivos suficientes para desarrollar su propia revolución interior, que las llevó, entre otras cosas, a tomar sus propias decisiones, perder la fe, ponerse pantalones y/o minifalda, fumar, hacer amigos varones, iniciarse en el sexo, interesarse por la política y participar en muchas asambleas y alguna que otra manifestación. Y todo ello sin haber sido necesariamente activistas del movimiento y sin haber ingresado en partido político alguno⁴⁹.

Las que sí lo hicieron, tuvieron que enfrentarse al hecho de que en el interior de las organizaciones estudiantiles sindicales y políticas se estaban reproduciendo muchos de los problemas que ya habían marcado en el prefranquismo la militancia de las mujeres. Su proporción había crecido sensiblemente, pero seguían siendo minoría en el antifranquismo estudiantil, como en el conjunto de la universidad: en 1965 las mujeres representaban el 25% de la matrícula en la Universidad de Valencia, algo más del 32% en 1970 y superaban el 37% en 1975⁵⁰. Además, su visibilidad era incluso inferior, porque en contadas ocasiones ocupaban cargos de responsabilidad, desempeñaban tareas teóricas o ejercían públicamente de portavoces. Una posible explicación es que, en general, las chicas estaban más constreñidas por el control familiar, de manera que su participación en determinado tipo de acciones se realizaba a expensas de que en casa funcionase la excusa inventada para cada ocasión, lo que las convertía en agentes involuntariamente inconstantes⁵¹.

En cambio, en muchas ocasiones las mujeres sí que asumían labores poco vistosas, pero igualmente arriesgadas, como era la reproducción o el transporte de determinada documentación o propaganda, porque los policías (varones), o bien no les prestaban la misma atención que a los chicos, o bien optaban por no registrarlas⁵². Al margen del alcance del indudable control paterno sobre las jóvenes y de que, por otra parte, esa explicación resulte insuficiente, lo cierto es que ese reparto de papeles no fue visto durante mucho tiempo como un problema o, como mínimo, no se responsabilizó de él a los compañeros de militancia: las mismas mujeres consideraban que se trataba de una carencia propia, resultado de su incapacidad para romper con las inercias establecidas y con los aprendizajes que ellas mismas habían interiorizado. Todavía al filo de la década siguiente, durante las asambleas

⁴⁹ RODRÍGUEZ TEJADA, “Estratègies d’oposició...”, cit., p. 165. En los setenta, incluso estudiantes que no se atrevían a participar activamente en acciones políticas, se consideraban a sí mismos como “demócratas”; entrevista a Conxa Cardo (15-VII-2002).

⁵⁰ UV, *Memoria de curso* (1965, 1970 y 1975). Estos porcentajes eran sólo ligeramente inferiores a la media estatal, como puede verse en el *Anuario Estadístico de España* editado por el INE para esos años.

⁵¹ Este problema, sin especificar sexo, es apuntado por el responsable de la organización universitaria del PCE en Valencia a mediados de los sesenta; entrevista a Ferran Montesa, cit.

⁵² RODRÍGUEZ TEJADA, “Estratègies d’oposició...”, cit., p. 166.

contra el juicio de Burgos del curso 1970-1971, militantes de izquierda acostumbradas a tomar la palabra en reuniones de pequeño grupo, se pasaban asambleas enteras intentando darse ánimos mutuamente para hablar en público, sin atreverse a hacerlo⁵³. Sin embargo, no era raro que fuesen las mujeres las que resolviesen situaciones arriesgadas ante las que vacilaban los chicos. Así, cuando se decidió interrumpir la apertura oficial del curso 1968-1969 entrando con un megáfono en un paraninfo lleno de autoridades y en el último momento se supo que el rector estaba prevenido, los varones se echaron para atrás y tuvo que ser una activista la que asumió la responsabilidad⁵⁴. Igualmente, en el curso 1970-71, después de haber entrado en el rectorado y arrojado el retrato de Franco al patio, ninguno de los dirigentes masculinos se atrevió a prenderle fuego y nuevamente fue una joven la que echó el fósforo encendido. Este hecho es todavía más revelador, si añadimos que esta estudiante era una de las que, por esa época, no lograba decidirse a hablar ante la asamblea⁵⁵. Ya en los setenta, una nueva generación de activistas y un contexto más radicalizado hicieron más habitual la figura de la estudiante que arengaba asambleas hasta sacarlas en manifestación y que no dudaba en recurrir al cóctel Molotov⁵⁶.

Una forma de cuantificar la participación de las mujeres en el movimiento en la segunda mitad de los sesenta nos la proporcionan las actas de las elecciones autónomas celebradas por el SDEUV en las facultades en que era hegemónico. Estos comicios eran alternativos a los convocados de manera oficial por el ministerio y los cargos electos eran aceptados o no por las autoridades académicas de cada centro, en función del talante de cada decano y de las circunstancias del momento. Durante un tiempo los estudiantes antifranquistas confiaron en que una práctica escrupulosamente democrática que atrajese al mayor número posible de participantes sería la mejor arma contra la dictadura⁵⁷. Una facultad de la que tenemos bastante información y que, además, resulta muy significativa, por ser la que tenía mayor proporción de alumnado femenino (en torno al 60%), es la de Filosofía y Letras. Se han podido consultar las actas correspondientes a las

⁵³ Entrevista a Estrella Blanes (22-XII-2003) y a Margarita Pérez (28-VIII-2004).

⁵⁴ RODRÍGUEZ TEJADA, "Estratègies d'oposició...", cit., pp. 166-167.

⁵⁵ Entrevistas a Estrella Blanes y la protagonista, Margarita Pérez, ambas ya citadas.

⁵⁶ Entrevista a Consuelo Catalá (17-XII-2003).

⁵⁷ El proceso comenzaba con la consulta en cada clase a estudiantes oficiales y libres para nombrar el Consejo de Curso, cuyos miembros, a su vez, elegían de entre ellos un delegado y un subdelegado. Todos los consejeros de curso formaban parte de la Cámara de Facultad o Escuela que, por su parte, elegía un delegado y un subdelegado de facultad, una secretaria de la cámara y un responsable para cada uno de los departamentos del sindicato. Ver, por ejemplo, el *Proyecto de Estatutos Internos de la Facultad de Filosofía y Letras* (24-IX-1965), Documentos, 61/A, AM. Un posterior *Proyecto definitivo de los Estatutos del Sindicato Democrático de la Facultad de Filosofía y Letras de Valencia* (7-IX-1967), 31/1, Documentos de ACPV sin clasificar, AM, introdujo ligeras variaciones.

elecciones de los cursos 1966-1967 y 1967-1968⁵⁸. En condiciones de igualdad entre los sexos podríamos esperar, por tanto, que la proporción de candidatos y cargos electos femeninos, como mínimo, se aproximara razonablemente a esa ratio. No obstante, aunque se registra un avance porcentual entre los dos cursos, las mujeres siempre estuvieron claramente infrarrepresentadas, con la particularidad de que su proporción descendía según avanzaba el proceso y se ascendía en responsabilidad: como máximo, el 44% de las candidaturas a Consejo de Curso, el 36% de los consejeros (y, por lo tanto, de la Cámara de la Facultad), el 36% de los delegados de curso y el 29% de los subdelegados. Esos años algunas mujeres ocuparon responsabilidades de centro (en la Secretaria, en la Permanente y como responsable del Departamento de Actividades Culturales en 1966-1967), pero eran muy pocas y no ocupaban los más importantes, como el de delegado y subdelegado de facultad, ostentados por varones. Como era de esperar, teniendo en cuenta que la proporción de mujeres matriculadas era sustancialmente menor, la representación de las mujeres descendía todavía más en otras facultades⁵⁹.

A diferencia de las antiguas revistas del SEU, las publicaciones del SDEUV se movían en los márgenes de la legalidad, de manera que escribir en ellas entrañaba cierto riesgo. Por eso, muchos artículos no estaban firmados, llevaban siglas, un pseudónimo o no constaban los apellidos. A pesar de ello, si prestamos atención a los textos de autor reconocible, se puede concluir que la colaboración femenina era escasa. De los números consultados de diversas revistas del Sindicato elaboradas en diferentes Facultades, sólo *A colps*, publicada en la Facultad más feminizada, Filosofía y Letras, están firmados por mujeres: unos poemas y un artículo⁶⁰. Éste último, «La mujer en la sociedad española», de Amelia Olagüe, es, además, el único de todas las revistas que hace referencia a las mujeres y el primer

⁵⁸ Los actos solían convocarse en el primer trimestre del curso. 59/B, 59/C y 60/B, Documentos, AM. En 1966-1967 había matriculadas 1.013 mujeres de un total de 1.685 alumnos (60%). En 1967-1968 había 1.435 entre 2.488 (58%). Además, la proporción de mujeres aumentaba entre los alumnos oficiales. UV, *Memoria de curso* (1967 y 1968).

⁵⁹ En Ciencias, por ejemplo, en 1967-1968, las matriculadas suponían algo más del 22% del total (417 entre 1.849) y la única mujer que ocupaba un cargo de facultad era, nuevamente, la secretaria de la cámara, lo que nos hace sospechar una posible asociación con las “secretarías” de oficina, profesión entonces casi exclusivamente destinada a las mujeres; *Boletín informativo. Boletín quincenal de la Facultad de Ciencias de Valencia*, nº 1 (28-IX-67), 31/1, ACPV s/c, AM. Recuérdese lo visto de la FUE de los años cuarenta.

⁶⁰ *A colps* (enero-mayo 1968), A-340/E, PP, AM. Las otras revistas son, en Ciencias: *Realidad* (enero 1968), Archivo personal de Pedro Zamora; en Derecho: *Diàleg* (s/f) [enero 1968], CEHI, D/2; y (mayo 1968), Archivo personal de Pedro Zamora; en Arquitectura: *Módulo 68* (febrero 1968 y diciembre 1968), A-340/I, PP, AM; en Económicas: *Sou* (s/f) [enero 1969], Archivo personal de Vicent Torres. No se ha podido consultar *Terra Nostra* (Agrónomos), ni *Batas Blancas* (Medicina).

escrito estudiantil valenciano desde la Guerra Civil de contenido propiamente feminista⁶¹.

Aunque los datos electorales y el contenido de las revistas parecen confirmar una escasa participación de las mujeres en el movimiento durante la década de los sesenta, no hay que precipitarse a extraer conclusiones definitivas, porque diversos testimonios de estudiantes de la época revelan que muchos estudiantes no activistas, pero que sí participaban del ambiente cultural y de la politización del movimiento, no prestaban, sin embargo, excesiva atención a las elecciones, ni tampoco a las publicaciones del SDEUV. De hecho, este desinterés por los aspectos «burocráticos» del movimiento es parte del mismo proceso de saturación y radicalización que experimentaba la subcultura universitaria según se aproximaban los setenta; y se daba igualmente entre los militantes con una deriva ideológica izquierdista (especialmente los más jóvenes) y entre los más “moderados”. Es probable que las cifras que hemos analizado subestimen la presencia de las mujeres en el movimiento, si entendemos éste como algo más que las estructuras sindicales, las publicaciones y los partidos políticos⁶².

Precisamente son los partidos universitarios el último aspecto que trataremos aquí. “Universitarios” es una denominación adecuada, porque expresa bien el origen de estos grupos (a excepción del PCE y su escisión pro china, el PCE marxista-leninista) y la importancia que tenía para todos ellos la universidad como “nicho ecológico” en el que podían ejercer de «vanguardia» y cantera de reclutamiento. Aun así, salvo el PCE, que contaba con sus propias bases obreras, estas organizaciones eran conscientes, en la teoría y en la práctica, de las limitaciones del movimiento estudiantil y se esforzaron por salir de la universidad para intentar arraigar en barrios y fábricas, con resultados desiguales a largo plazo, entre los que no hay que olvidar el propio declive de la combatividad estudiantil (que no del antifranquismo) en la universidad. En casi todos los grupos hubo presencia femenina desde su fundación y en ellos algunas mujeres ocuparon puestos de

⁶¹ Tras repasar algunos datos estadísticos de las mujeres españolas, critica el «mito de la feminidad» que reserva el empleo a los varones y la maternidad y el hogar a las mujeres, apunta la contradicción que ello crea a las universitarias, aunque éstas «debido a su procedencia burguesa» suelen resolver el conflicto mediante el papel «pasivo» de la docencia. La mayoría, en cambio, encuentra grandes dificultades para «salir de los pucheros». Finalmente, tras criticar las revistas ilustradas y el conservadurismo religioso, propone una bibliografía en la que, muy típico del contexto, coexisten Simone de Beauvoir y Santiago Carrillo: María-Aurélia Company, *La dona a Catalunya*; J. Stuart Mill, *La esclavitud femenina*; Betty Friedman, *La mística de la feminidad*; Lili Álvarez y otras, *Habla la mujer*; Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*; S. Carrillo, *Un futuro para España: democracia económica y política*. El artículo coincide en el tiempo con los primeros grupos de discusión sobre los problemas de las mujeres, organizados en torno a alguna profesora concienciada. Entrevista a Carmen Pertejo (14-IX-95).

⁶² Entrevistas a Flora Tristán (pseudónimo), Carmen Oliver y Margarita Pérez, cits.

responsabilidad y se integraron en los Comités dirigentes⁶³. Con todo, los varones continuaron siendo mayoría en los órganos decisorios y portavoces autorizados, lo que les confirió más visibilidad que a las mujeres, también ante la represión gubernamental. Por ejemplo, en la caída de la organización universitaria del PCE en abril de 1971, se manejaron los nombres de diversas militantes, pero finalmente sólo se procesó a 1 mujer y a 14 hombres⁶⁴. De los 312 estudiantes que el rectorado de la Universidad de Valencia expedientó en septiembre de 1973 basándose en informes de la Brigada de Investigación Social, sólo 82 eran mujeres, poco más del 26%⁶⁵. Una vez más hay que analizar estos datos con precaución, porque hay que tener en cuenta que la policía miraba el movimiento con unos ojos que eran todo menos igualitarios. Para evitar posibles escándalos en una sociedad que postergaba a las mujeres al tiempo que decía protegerlas, las autoridades procuraban dispensar un trato diferente a las activistas. En la caída mencionada, se excarceló apresuradamente a una joven por estar embarazada. Posteriormente, la vacilación del tribunal ante la posibilidad de que, por una cuestión de antecedentes penales, sólo fuese a prisión la única procesada, contribuyó a que se absolviese a todo el grupo. En cuanto a los expedientes de 1973, no siguieron un criterio exhaustivo (afectaron a estudiantes con una participación muy dispar): su objetivo era amedrentar de manera masiva al mayor número posible de personas. Ahora bien, el porcentaje de detenidas es sensiblemente inferior al de matriculadas en ese momento; y hemos mencionado ya que la policía prestaba menos atención a las militantes, para concentrarse en los que ellos consideraban importantes, los «líderes» del movimiento; para los que, además, los expedientes suponían el castigo añadido de incorporarse al servicio militar⁶⁶.

Por otra parte, la interferencia de lo personal y lo político mediatizaba a veces la personalidad política de las mujeres, según estereotipos del momento, como el del líder varón y sus admiradoras, concepción que no era ajena a la portada de la revista estudiantil *Barricada* de mayo de 1973, en la que una joven aparentemente desnuda se agita mientras sujeta con sus manos unos pechos prominentes y exclama: «¡¡aaaaahhhh!! ¡¡barricada!!». En una esquina se añade: «Los placeres permitidos de hoy, ¿pueden compararse a los placeres mucho más atractivos y excitantes de la ruptura de los frenos sociales y la demolición de todas las leyes?»⁶⁷. Frente a esto, también fue

⁶³ Además de aparecer en diversas entrevistas de activistas varones, esto se ve reflejado en las entrevistas a activistas mujeres de diferentes organizaciones, como Olga Quiñones (12-II-2003), Elisa Sanchis (16-XII-2003), Alicia Salas (25-V-2004), Dolors Pérez (18-VI-2003), Lucila Aragón Carrión (13-VI-2004), Cristina Piris (14-XI-03, 28-I-03 y 10-II-03), Julia Huedo (18-V-04) y Pilar Calvo (8-V-94 y 12-V-94); y las ya citadas Carmen Pertejo, Estrella Blanes, Margarita Pérez y Consuelo Catalá.

⁶⁴ Vid. RODRÍGUEZ TEJADA, "Estratègies d'oposició...", cit., pp. 155-156.

⁶⁵ La lista completa en SANZ, Benito, *Rojos y demócratas*, cit., pp. 254-258.

⁶⁶ RODRÍGUEZ TEJADA, "Els estudiants valencians...", cit., p. 196.

⁶⁷ *Barricada*, 4 (mayo 1973), AM, Publicaciones Periódicas, A-830/B.

habitual la pareja militante, unida por afinidades sentimentales y políticas; y capaz de maniobrar conjuntamente en las disputas internas, incluyendo las expulsiones y/o escisiones. En Valencia varios grupos, como el PCE (internacional), Acción Comunista, la Unión de Marxistas Leninistas y la Liga Comunista Revolucionaria, tuvieron como liderazgo bicefálico a una de estas parejas.

De hecho, las activistas depositaban importantes esperanzas en la convivencia con sus compañeros, como prueba el hecho de que el matrimonio –por más que estuviese regulado por una legislación extremadamente sexista– continuó siendo para algunas un atajo a la emancipación, ya que adelantaba una mayoría de edad efectiva que la ley retrasaba para las mujeres hasta los 25 años⁶⁸. Los pisos de los matrimonios jóvenes cumplían una función al que, a partir de la segunda mitad de los sesenta, se habían añadido los pisos de estudiantes. Unos y otros sirvieron de escenario físico para la utopía de la nueva comunidad juvenil, deseosa de liberarse de todas las convenciones sociales, ya que prolongaban diariamente la existencia del movimiento más allá de la universidad, ofreciendo un espacio abierto y alternativo, que acogía encuentros de todo tipo: amistosos, musicales, políticos y sexuales. En ellos la coerción exterior parecía difuminarse y las jóvenes podían aspirar a sentirse ellas mismas. Por otra parte, la difusión de la píldora anticonceptiva estaba ofreciendo nuevas expectativas de control sobre la propia sexualidad, sobre la que pesaban las huellas de una educación castradora. Determinadas lecturas, como *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir (en francés) y otras obras traducidas más tarde, como *El origen de la familia, la propiedad y el Estado* de Friedrich Engels (1968) o *La revolución sexual* de Wilhelm Reich (1970), alimentaron teóricamente la pretensión de impugnar en la práctica la moral tradicional. Sin embargo, muchos indicios revelaban que continuaba vigente un reparto de papeles heredado, de manera que las mujeres solían verse obligadas a asumir en solitario la responsabilidad de buscar a los contados facultativos dispuestos a firmar la receta para el anticonceptivo (muchos exigían, además, la autorización del marido). Algo semejante sucedía con los riesgos inherentes a una interrupción voluntaria del embarazo, que implicaba además la comisión de un delito grave y que no era raro resolver con un viaje a Londres que, probablemente por escasez de dinero, se acababa haciendo en solitario.

Por otra parte, el nivel de compromiso político en muchos de estos grupos era muy elevado y se basaba en el convencimiento –reforzado mediante la discusión política– de que tenían que asumir su responsabilidad en un enfrentamiento decisivo y revolucionario que se preveía inminente. La entrega a la lucha implicaba sacrificar los proyectos personales individuales, como acabar una carrera o situarse socialmente, que pronto no tendrían sentido. En ocasiones, ello supuso reconducir el tipo de activismo político

⁶⁸ *Código civil español*, Barcelona, José M^a Bosch, 1962 (4^a edición), p. 123, Artículo 321. La preeminencia del marido sobre “la mujer” en el Libro I, Título IV, Sección IV.

que se había practicado en la universidad, lúdico y espontáneo, buscando seriedad y rigor mediante la disciplina de partido. En otros casos, especialmente en los grupos de inspiración maoísta, que buscaban moverse «como pez en el agua» en los barrios obreros, se realizaron procesos de auténtica inmersión, por la que parejas de militantes procuraron mimetizarse en el vecindario «como una más».

Por alguna razón, se dio por supuesto que ello implicaba no ya el matrimonio, sino también reproducir las relaciones entre los sexos, el reparto de tareas y la apariencia de una pareja tradicional, siempre con el propósito de evitar «llamar la atención». Es fácil ver que en esta estratégica vuelta atrás las más perjudicadas fueron las mujeres, que descubrieron de pronto retrocediendo a una situación personal que muchas, por la posición social de su familia, no habían visto ni en sus madres. Jóvenes que se habían puesto tejanos o minifalda en la universidad como un acto de afirmación y libertad, de pronto tuvieron que censurarse a sí mismas por su manera de vestir. Una orientación sexual «no comprensible para el proletariado» suponía tener que elegir entre su identidad personal o su identidad política. Tampoco la proletarianización estuvo exenta de problemas añadidos para las mujeres, que buscaron trabajo en fábricas de mano de obra femenina, donde las condiciones de trabajo y convivencia con los patronos no eran precisamente las mejores. Algunos de estos grupos, como el Movimiento Comunista de España, revisaron críticamente años después estas experiencias⁶⁹.

Conclusiones

En nuestro recorrido desde la prehistoria del movimiento hasta su prolongación fuera de la universidad, hemos visto que la militancia femenina fue cuantitativamente limitada. Aparentemente, las fuentes sugieren que, incluso tomando como referencia los, en general, bajos porcentajes de matrícula femenina, las mujeres estuvieron infrarrepresentadas en las publicaciones, en las estructuras sindicales y en la dirección política del movimiento. Los datos disponibles sobre la represión confirman esa idea. Quizás lo definitivo debiera ser la memoria de las propias entrevistadas, que a menudo coinciden con la mayoría de sus compañeros varones en mencionar casi siempre a hombres como los líderes del movimiento y suelen quitar importancia a su propio papel.

Probablemente nos encontramos ante un ejemplo típico de prolongación de prejuicios del pasado en los análisis del presente. La aparente unanimidad de las fuentes no debe impedirnos ver que buena parte de éstas ofrecen una visión androcéntrica de los acontecimientos, primando las posiciones ocupadas por los hombres y silenciando una dinámica cotidiana con un indiscutible peso femenino. Por otra parte, no hay que olvidar que muchas entrevistadas utilizan (y utilizaban) una retórica de la humildad que

⁶⁹ Entrevista a Cristina Piris, cit.

no siempre es bien interpretada por el investigador⁷⁰. Es llamativo que algunas informantes relaten acciones propias sólo ante las preguntas del entrevistador. Y también lo es que interpreten intervenciones suyas decisivas y arriesgadas como algo sin importancia, fruto de una decisión espontánea o de una manera de ser peculiar. Por otra parte, los testimonios de las antiguas activistas suelen proporcionar espontáneamente bastantes más nombres de mujeres participantes –seguidoras y líderes– que los testimonios masculinos.

Tampoco las situaciones concretas de discriminación existentes en diferentes aspectos de la convivencia con sus compañeros se hacen evidentes cuando se recuerdan desde los presupuestos de entonces, sino solamente al ser revisadas con los ojos del presente. Al mismo tiempo, prácticamente todas las entrevistadas coinciden en señalar que su toma de conciencia feminista no se produjo como consecuencia de la vivencia de una postergación durante su militancia, sino que estuvo asociada a un momento posterior, en el que, por un lado, la difusión del lenguaje feminista permitió conceptualizar situaciones que hasta entonces no se habían pensado en esos términos; y, por otro, ya habían abandonado definitivamente la vida de estudiantes, para implicarse en los problemas de una vida adulta marcada además por los riesgos y los inconvenientes personales de la entrega personal a una militancia política clandestina. En algunos casos fue precisamente la experiencia de la maternidad la que puso de manifiesto la insuficiencia del compromiso conyugal de unos compañeros que anteponían a éste sus «obligaciones» como dirigentes.

En todo caso, lo que traslucen las entrevistas es una experiencia más positiva que negativa de la militancia de las mujeres en un movimiento estudiantil en el que muchas jóvenes encontraron un espacio de desarrollo personal en múltiples planos. Uno de los efectos de la contracultura estudiantil fue reconsiderar el significado heredado de “lo político”, quitándole la connotación negativa que le había endosado el franquismo y ampliándolo, para incluir en él aspectos sociales, culturales y personales. En este aspecto, la micro movilización de las mujeres fue decisiva y sentó las bases de reflexiones y reivindicaciones que llegarían años más tarde⁷¹. El compromiso partidario redujo los aspectos lúdicos y de gratificación inmediata, pero contribuyó notablemente a formar y a curtir políticamente a muchas activistas, que posteriormente pudieron utilizar ese capital político en otros movimientos sociales, incluyendo, por supuesto, el feminista.

⁷⁰ BENGOCHEA, Mercedes, “El concepto de género en la sociolingüística, o cómo el paradigma de la dominación femenina ha malinterpretado la diferencia” en S. Tubert (ed.), *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*, Madrid, Cátedra, 2003, p. 331, nota 7.

⁷¹ El concepto está tomado de ROBNETT, “African-American Women...”, cit.